

# El movimiento del amor trino

Jorge Costadoat, S.J.

Teólogo

Hay gente que pasa delante de una iglesia y se persigna. Cuando lo hace, redime el mundo porque este simple gesto de amor amarra el cielo a la tierra.

Entramos a una iglesia y nos persignamos en nombre de la Trinidad. Salimos de otra y hacemos lo mismo. Con un gesto tan simple y hermoso saludamos a nuestro Señor, nos dejamos purificar por Él y nos iluminamos en su presencia. El cristiano más sencillo lo hace y acierta así con lo fundamental de su fe.

Pero si nos piden una explicación acerca de la Santísima Trinidad y sobre qué tiene que ver su carácter trino con nuestra vida, no sabremos decir mucho. Dios o la Trinidad nos parecerán prácticamente lo mismo. La teología erró por siglos una explicación que se vinculara con la vida corriente de los cristianos. Y, en vez de aclararnos las cosas, nos confundió.

Se recurrió a metáforas que arrojaran alguna luz sobre este Misterio de los misterios. Se dijo que la Trinidad se parecía al foco, a la luz y al reflejo. San Agustín habló de la mente, el conocimiento y la voluntad: tres realidades en una misma alma humana, estrechamente vinculadas unas a otras. Hace poco se oyó decir a un sacerdote que un huevo se compone de cáscara, clara y yema. Esta comparación es útil para entender que en Dios no hay contradicción pues, en Él, lo uno se dice bajo un respecto y lo triple, bajo otro respecto. Pero la vida pide más que esa explicación. Durante ella se sufre mucho y las personas necesitan que Dios realmente tenga que ver con su existencia.

Para esto, la teología debió dar un paso atrás. Nos recordó que los cristianos llegamos a saber que Dios es trino a partir de la historia de Jesús, de la irrupción de un Reino que incluiría a todos sin excepción y del Espíritu de amor que lo unía con su Padre y todas las criaturas. En el acontecimiento de la vida, muerte y resurrección de Cristo aparecieron las huellas de un Dios comunitario y, al mismo tiempo, se reveló la vocación del mundo a la comunión. Los primeros cristianos descubrieron que, llamando “Hijo” a Jesús, el mundo habría de acercarse a Dios porque Dios se había acercado al mundo.

Ofrezco otra representación, una que saca partido de la principal metáfora empleada para hablar de Dios en la Sagrada Escritura: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). En el Nuevo Testamento

esta convicción contrarresta la tentación de eludir “la carga” del prójimo con la ilusión de amar a Dios directamente. Al Padre, en quien se concentra la definición de Dios, me permito compararlo con la misma expresión “Dios es amor”; al Hijo, con el decir “Dios me ama”; y al Espíritu Santo, con la idea de que “Dios nos hace amarnos unos a otros”.

## DIOS ES AMOR

*Llevando la mano derecha a la frente, invocamos el nombre del Señor.*

La confesión de Dios como Padre implica en el cristianismo todo lo demás. De Él vienen el Hijo y el Espíritu, y de ambos viene el mundo y por ellos el mundo vuelve al Padre. Él representa el origen del amor y el comienzo de un mundo creado por amor.

Pero, antes que una explicación, esta es una confesión de fe. En la historia de las religiones y de los credos de la humanidad, no es obvio que la divinidad sea amor y si en algunos casos se la llama “padre” puede tratarse de un ser que se divide, dando origen a seres semejantes, o bien de un ente aterrador por su poder de dar vida y de quitarla. No siempre Dios ha sido imaginado como amor. Quien lea las tragedias griegas descubrirá en ellas que “lo divino” es una población de seres favorables y desfavorables, muchos de ellos ambiguos o temperamentales. ¿Es posible creer en tales divinidades? Creer que existan, sí. La superstición tiene mucho de esto. Hagamos memoria de las veces que atribuimos un poder mágico a tocar madera, al número 13 y —para qué decir— al dinero, el ídolo *per se*. Pero ¿podríamos creer en este tipo de poderes, como confiamos en alguien que nos quiere? El diamante más hermoso del mundo no se compara con la fidelidad de un amigo o de un gran amor.

En el cristianismo, creer que Dios es Padre equivale a creer que “Dios es amor”, que es solo amor y que este triunfará sobre el mal. El *mysterium iniquitatis*, la maldad y el sufrimiento del



La invocación al Espíritu Santo, en este sentido, impide que la experiencia de amor de Dios “por mí” conduzca al individualismo, al egoísmo y a toda suerte de superioridad sobre los demás.

mundo constituyen la objeción mayor en contra de la bondad de Dios. Sólo Dios, por tanto, puede probar que es Dios. Esta es la promesa cristiana. Para los creyentes, Jesús prueba que Dios triunfa sobre el mal. Cuando ellos confiesan que Dios es Padre, aseguran que pueden confiar en Él como Jesús lo hizo y fue, por ello, liberado de la muerte. Los creyentes juran que el Señor rescatará a sus hijos de las aguas de la muerte, como sacó a Israel de Egipto y liberó a Jesús del *sheol*. Despiertan y se acuestan convencidos de que el Creador los precaverá del naufragio del día a día y de la tentación de sobrevivir atropellando a los demás.

## DIOS “ME AMA”

*Bajando la mano hasta la boca del estómago, decimos “y del Hijo...” porque Dios “me ama” como amó a Jesús.*

Creer que Dios es amor resume la experiencia espiritual de Jesús. En su vida, en su corazón, Jesús debió reconocer el camino que Israel hizo en la presencia amorosa aunque esquiva de su Padre. Él no creyó en cualquier Dios. Tuvo fe en uno que supo que lo amaba incondicionalmente, pero en la cruz sintió su ausencia desgarradora. Pudo gritarle “por qué me has abandona-

Andrei Rubliov, *Santísima Trinidad*

do”, pues sabía que el suyo merecía ser llamado “Padre”. No lo hubiera hecho de no haber oído de Él, con ocasión de su bautizo. “Este es mi hijo amado, en quien me complazco” (*Mt* 3, 17). El amor de Dios le hizo creer que era su Padre.

Nunca en la historia se dio que alguien supiera tan hondamente que Dios lo amara. “Soy su Hijo”, creyó Jesús y pudo vencer el miedo y la tentación, y encarar las fuerzas demoníacas que terminaron por matarlo. La experiencia del “Dios me ama” desencadenó en Jesús la más auténtica libertad, la energía para comprometerse sin reservas con los demás, la capacidad de devolver bien por mal a sus enemigos. Nadie ha sido más libre que él porque no hay libertad mayor que la de perdonar. Jesús no lo hubiera hecho sin saber que su Padre lo amaba a un grado que le hacía innecesario desquitarse. En lugar de vengarse, fue creativo. Amó. Porque la alternativa a quedar enrabiado con los demás es mirar hacia adelante, inventar la salida y, mientras esta no se logra, no desesperar, aguantar en el amor.

Jesús enseñó a los suyos la oración del “Padre nuestro” para que también ellos supieran que “Dios me ama”. Esta fue su misión: compartir su fe. También los cristianos habrían de

En el cristianismo, creer que Dios es Padre equivale a creer que “Dios es amor”, que es solo amor y que este triunfará sobre el mal.

dirigirse a Dios como el Hijo a su *abbá* o “papá”: en libertad, sin miedo a su castigo, confiada y creativamente. Los discípulos fueron iniciados en la experiencia filial de Jesús y llegaron a decir que el Hijo, el enviado del Padre, moría “por mí”. La resurrección acuñó en ellos la convicción de que esta muerte, aparentemente inútil, era la condición real de una experiencia nueva de Dios, la cual se abría a todas las criaturas, comenzando por los pequeños y los arrepentidos. Esta fue, a lo largo de la historia del cristianismo, la experiencia de muchos de los santos. San Pablo tiene conciencia de que el Hijo murió “por mí” (*Gál* 2, 20). San Ignacio también conoció el “por mí” (*EE* 116). Mientras más cristiana sea una espiritualidad, más debiera suscitar esta intuición. No es fácil llegar a tal hondura. Los cristianos solemos creer que Dios nos ama en general. Podemos incluso amar a otros con un amor singular o exclusivo, pero difícilmente oír de Él: “Tú eres mi hijo amado, yo creo en ti”. Nos falta fe.

Dios nos queda grande. O nos queda chico. Depende del ángulo desde el cual lo consideremos. Nos queda chico porque lo medimos con nuestro metro y no podemos imaginar que pueda perdonar el mal que les hacemos a los demás. “¡No puede quererme tanto!”, pensamos. Proyectamos en Él nuestra idea estrecha de justicia y, en consecuencia, lo concebimos mezquino. Lo vemos como el Dios del “pasando y pasando”. También sucede que Dios nos queda grande: no logramos abarcar su grandeza, se nos escapa completamente, no podemos imaginar que quepa en su amor la tragedia de personas y pueblos crucificados. Su misterio es más grande que lo que nosotros podemos entender por amor. Nos ama, pero dudamos de que lo haga con “nombre y apellido”. Tratamos de amar como Jesús nos enseñó, pero nos cuesta mucho comprender que me ame “a mí” si —en esta vida que a veces sentimos cruel— tan frecuentemente experimentamos que se olvida “de mí”. No faltan los niños que lamentan la malquerencia de sus padres biológicos y claman “por qué a mí”.

Y, sin embargo, Dios es Padre de Jesús y nuestro Padre. No como un progenitor carnal, ni siquiera como el mejor de todos. Él es el Amor original y el Origen del amor. Tal vez no hayamos llegado a la hondura de los místicos, pero este es el camino, esta es nuestra fe. La mística cristiana conduce a sabernos hijos e hijas de Dios, únicos y, a la vez, tan dignos como cualquiera. El cristiano, en consecuencia, se para con dignidad ante los demás. Trata de “tú a tú” a los señores del mundo. No tiene por qué reverenciarlos. Nadie es superior a un hijo o hija de Dios. Ninguno debiera intimidar a un bautizado en la muerte de Cristo porque él sabe que su vida tiene un valor eterno.

La experiencia del amor de Dios “por mí” es la experiencia del hijo. La del “amarnos unos a otros” es la del hermano.

## DIOS NOS HACE AMARNOS

*La señal de la cruz va de hombro a hombro. Cruzando el pecho con la mano de izquierda a derecha, podemos decir: “Dios nos hace amarnos los unos a los otros”.*

La experiencia del amor de Dios “por mí” es la experiencia del hijo. La del “amarnos unos a otros” es la del hermano. Al rezar la oración de Jesús reconocemos que tenemos un Padre que nos hermana. Aquí está el corazón de la enseñanza del Hijo: “Ámense unos a otros como yo los he amado” (Jn 13, 34). Jesús nos ha amado en virtud del amor que él ha experimentado de un Dios que es Padre suyo, pero también Padre nuestro. Él es Hijo y Hermano; nosotros, hijos e hijas, somos hermanos y hermanas. El Reino de los Cielos consiste en un tipo de fraternidad que empieza en la tierra: las comunidades que el Cristo resucitado reunió para que celebraran la eucaristía y compartieran sus bienes. La misión de la Iglesia es incluir más y más personas en la hermandad universal del Hijo.

La invocación al Espíritu Santo, en este sentido, impide que la experiencia de amor de Dios “por mí” conduzca al individualismo, al egoísmo y a toda suerte de superioridad sobre los demás. Por ser hijos, vamos por la vida con la frente en alto. Nadie puede humillarnos. Pero tampoco nosotros debiéramos humillar a otros. El Espíritu nos recuerda que compartir la condición filial de Jesús no constituye ningún título especial. Los cristianos no tenemos privilegios ni derechos sobre el resto. Nuestro mayor deber consiste en declarar la igual dignidad de la familia humana.

Hermoso, pero difícil. La vida es difícil. Desde hace mucho tiempo la raza humana se disputa el pan de una manera peor que cualquier animal. No es nuevo que la inseguridad o la ambición impulsen a algunos a acaparar sin medida. El dinero trastorna. El tiempo se ha convertido en la más cara de las monedas. Los padres trabajan horas extras, descuidan a sus hijos y cambian por una bicicleta los minutos que pudieran dedicar a escucharlos. Incluso en cosas de religión cunde el egoísmo. A veces podremos experimentar el gozo de darle la paz al prójimo en la misa. Pero probablemente no queremos que nos importune más de la cuenta. Mientras tanto, rezaremos para que el Señor nos asegure las tantas cosas que tenemos que agradecerle. Nos decimos “Dios me ama”, pero nos vamos quedando solos...

No basta con decir “Dios me ama”. Hay modos incorrectos de entender las cosas. La conciencia de este amor debe ser iluminada por la obligación de amarnos y perdonarnos. La convicción del “Dios me ama”, bien encaminada, conduce al

“Dios me perdona” y al “Dios me reconcilia” con los hermanos. La experiencia del “por mí” implica el perdón. Supone, además, algo irritante: Dios ama a nuestros enemigos. Nada puede descolocarnos más a los que siempre tenemos la razón, a nosotros, los ofendidos, víctimas inocentes, que el Señor ame a los que nos han hecho sufrir. Nos parecerá injusto, poco serio. ¡Nos hicieron daño! Nos molesta que no se los castigue, que no se compense la pena que nos causaron. Pero, para la fe cristiana, las cosas son así. Dios perdona a nuestros ofensores. Los ama. Él puede lo imposible: ser misericordioso y justo a la vez. Hará justicia, pero a su modo y no al nuestro. Rehabilitó a Jesús, aunque no le ahorró la muerte.

El Espíritu actúa donde quiere, en la Iglesia y fuera de ella. El Espíritu integra la sociedad, empareja las desigualdades odiosas. Pero, al mismo tiempo, destaca la originalidad de cada persona y valora su independencia, la de cualquier comunidad y la de todas las naciones. El amor con que Dios nos hace amarnos impide considerar que los cristianos seamos mejores que los que no comparten nuestra fe. El Espíritu es el Espíritu. Circula como el viento. Dios Espíritu Santo prefiere a los despreciados y llora por la conversión de los arrogantes.

## DIVERSIDAD Y COMUNIÓN

En toda sociedad humana hay un doble movimiento a la unidad y a la diversidad. En cada nación, en la Iglesia, en cualquier institución o comunidad de personas, Dios mismo genera unidad en la diversidad y —aunque la unidad peligre— promueve las diferencias porque para el bien común es importante el aporte de unos y otros. El Espíritu va de lado a lado, del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, de la unidad en el nombre del Padre a la diversidad en el nombre del Hijo. Los cristianos invocamos el nombre del Espíritu Santo para que en el mundo prevalezca la unión, pero no cualquier unión: la comunión, sí; la uniformidad, no. Somos Cristo y Cristo es uno. Es uno con nosotros, y nosotros somos uno comiendo, llorando y riendo unos con otros.

El Espíritu se las arregla para suscitar la unión amorosa entre quienes son iguales por ser hermanos y distintos por ser hijos. Él promueve nuestra originalidad como una riqueza que debe ser compartida. Pues en la alegría y en la pena, compartiéndonos, comulgamos con el Cristo que apostó por la bondad de Dios y ganó en Pentecostés. Ese día se iluminó la mente a los hombres venidos de todas las partes de la tierra, hablaron en las distintas lenguas y se entendieron.

Dios acredita su bondad a través de la Iglesia y la fraternidad universal; esta y aquella son obras del Espíritu Santo. La hermandad conjura al *mysterium iniquitatis*, revela que “el amor es más fuerte” (Juan Pablo II). Los creyentes comprueban la inocencia de Dios ante el mal del mundo. Triunfando sobre el miedo al fracaso y la soledad, unidos, ellos dan testimonio de un Dios que merece fe, el Padre de Jesús y el Creador del universo. **MSJ**